

*En ocasión de la presentación del número de Puente@Europa dedicado al Bicentenario, “Uno, dos, muchos centenarios. Espacios de reflexión sobre el poder”, organizada el 27 de mayo 2011 por el CEJM, Jaime Peire, responsable del Programa de Historia cultural del Instituto de Estudios históricos de la Universidad Nacional de Tres de febrero-Conicet, dejó una breve reflexión escrita sobre el tema.*

No hay pregunta más manida cuando se habla del bicentenario que "¿Qué es lo que conmemoramos?". Las respuestas esgrimidas argumentan una serie de lugares comunes que espero no volver a repetir en esta ocasión, porque la revista *Puente a Europa. Uno, dos, muchos centenarios. Espacios de reflexión sobre el poder* es un intento de dar una respuesta diferente a esta pregunta. Y esto es así porque se lo pregunta desde un lugar diferente, muy particular. Trataré entonces de presentar el tema en consonancia con esta particularidad.

Pregunto, pues: ¿Qué significado tiene "bicentenario"? ¿Bicentenario de qué? Bicentenario de nuestro rompimiento con Europa. América hispánica hace 200 años más o menos según los lugares rompía –según nos dicen las fuentes- con la Europa napoleónica corrupta y siempre en guerra. Con la Europa que a causa de la ambición no había logrado a través de los siglos arbitrar un equilibrio que no fuera una endeble homeostasis de hegemonía en hegemonía, o de lucha por ella. Y rompía con España porque era Napoleónica, o porque hacía la guerra inicua a sus dominios americanos.

Lo que sucedió hace dos siglos es que nuestros antepasados advirtieron que estaban ante una disyuntiva que había que romper: o bien aceptaban el yugo de Napoleón, o bien continuaban con el yugo Peninsular. Sobre todo después de la constitución de Cádiz de 1812, o se estaba con la nueva nación española, o se intentaba algo propio. Lo cierto es que en la mayoría de las capitales la dominación monárquica se hacía insostenible sin el Rey por ilegítima. Y lo cierto es también que nadie en general, salvo raras excepciones parecía querer a Napoleón, no tanto –sin embargo- a los principios que lo sostenían, por una cuestión de sentimientos patrióticos, más que de ideas.

Lo que emergió hace doscientos años fueron muchos patriotismos que –en general- eran incompatibles con el patriotismo monárquico e inclusive con el patriotismo criollo barroco tal como era entendido en épocas anteriores por ejemplo en México. Un patriota criollo se reconocía como ciudadano de una república –en el sentido antiguo del término- cristiana bajo el régimen de un Rey español. Nada de eso fue posible después de la caída del Rey, aunque los sentimientos patrióticos que estallaron en ése momento no fueran nuevos.

Si a esto agregáramos la guerra entre la Península y sus ex-colonias, lo que sucedió hace 200 años es el inicio de una serie de revoluciones seguidas de una guerra con varios focos que terminarían con la desvinculación entre Iberoamérica y sus ex-Metrópolis, porque si bien antes las colonias americanas aceptaban este estatuto en muchos documentos, ya no aceptarían nunca más ser simples colonos. Es decir, lo que sucedió fue un proceso de consumación de la separación legal de América y Europa. Pero mientras Europa seguía siendo institucionalmente lo mismo, en América lo que antes había sido uno, ahora se separaba irremediabilmente.

Por otro lado, a medida que fue pasando el tiempo, el americanismo fue tomando una naturaleza diferente de lo que había sido. Cuanto más fuertes y autoconscientes se iban transformando las antiguas hijas de la madre América –esto podemos ver por ejemplo en la lírica del período de la guerra revolucionario- más se podía advertir una América como personaje separado de ellas. Cuanto más alto América subía a los Andes, más se poseía a sí misma y más y más su propia libertad era conquistada por sus hijas, para decirlo con la hipérbole de varios poetas.

Hasta que la libertad quedaría tallada en el más alto cerro de los Andes para que el mundo tuviera un ejemplo de cómo se había conquistado esa libertad en base a la virtud republicana, en contra de la vieja Europa monárquica y por ello finalmente decadente. Esto era un ícono imaginado mucho antes de la creación de la estatua de la libertad en los Estados Unidos, lo cual reviste a mi parecer un significado que se les escapa a muchos historiadores: hubo una ideología de la libertad antes del romanticismo.

América se nombraba a sí misma "libre". Pero había habido un cambio crucial. Subsistía en muchas particularidades. Había ahora muchas naciones que luchaban entre sí y que habían perdido la perspectiva y la fe americanista de los principales libertadores, como expresa Rafael Rojas en su entrevista. América como un todo ya no era ni siquiera pensada como utopía. En cambio, a partir del romanticismo –que según la historia ortodoxa habría llegado de Europa traído por la cigüeña desde París- se miraba a Europa como el modelo a seguir, inventando unas naciones que prescindían –por no utilizar verbos más contundentes- de los pueblos originarios en la construcción de las nuevas naciones, como bien señala Bartolomé Clavero, pero olvidando que los epítetos con que las nuevas constituciones nombran a los indígenas son heredados de la época colonial.

América era un espacio donde se reproducían los antagonismos de la vieja Europa que antes se habían despreciado, después que la antigua *pax* hispánica ya no fue posible. No sólo los nuevos países luchaban entre sí, como lo habían criticado en Europa. También se producían luchas intestinas. Hasta tal punto que en la historiografía rioplatense –para poner un ejemplo de los más extremos, pero pertinente- lo que emergió después de la revolución no fue un ente político soberano y legitimado, una nación, sino un gran desorden donde sólo los equilibrios locales eran legítimos, y eso por algún tiempo.

Mucho después, para hablar del caso rioplatense que es el que conozco, las oligarquías locales, ni siquiera regionales lograrían arbitrar algo parecido a un orden, quizás para enfrentar lo que ellos consideraban como el "peligro" de la inmigración aluvional. Allá por 1920 todo parecía más claro y un nacionalismo emergía junto a una nación que aunque venida en realidad de un proceso de invención, era considerada legítima por todos. Para ese entonces el patriotismo argentino y latinoamericano no tenía nada que ver con aquel sentimiento de libertad que había nacido al calor de la lucha contra España y contra Napoleón.

Para entonces el Americanismo parecía haber sido un sueño fugaz, un fracaso amargo, como arguye José Paradiso. Y las naciones Iberoamericanas miraban a Europa como modelo a seguir. París era el centro cultural buscado para los que no consideraban que España era la Plaza mayor de Iberoamérica, es decir el lugar correcto donde se juntaban todas estas naciones, para no nombrar posiciones hispanistas más extremas.

El supuesto equilibrio terminó pronto, acelerado por la crisis del 29. La década del 30 es una buena muestra de cómo en Iberoamérica –más allá del tema cultural que se plantea de modo diverso en los distintos países- no fue posible arbitrar un equilibrio entre los distintos sectores. La herencia militar y la falta de un ejercicio plurisecular de representación moderna y democracia impusieron dictaduras –algunas muy sangrientas- que entorpecieron los desarrollos económicos, sociales y políticos de los "nuevos" países.

Ya en la década del 60, el *boom* literario de la región mostró al mundo –por un lado cuán negativo eran los regímenes militares y –por otro- el potencial que Iberoamérica tenía para dar al mundo. Pero aquí aparecía instalado en el imaginario de la región una Iberoamérica, con el nombre de Latinoamérica, no ya por oposición a Europa sino más bien por oposición a los Estados Unidos de Norteamérica, e incluyendo a las ex-colonias de otros países como Francia.

La violencia siempre estuvo presente en los años de plomo de la región, como lo expresa Mallon. Aunque la dictadura siguió en muchos países hasta la década del ochenta, al volver la democracia en Argentina, había un consenso entre la gente y en las élites intelectuales de que había que hacer algo con el problema de la integración latinoamericana. Algo que políticos como Perón y otros ya venían diciendo desde hace mucho. Y algo se hizo. Y a ese algo se le llamó Mercosur.

Más allá de la suerte del *Mercosur* y de su operatividad, el resto de los países otra vez ahora Iberoamericanos –puesto que la semántica de "Latinoamericano" comenzó a cambiar por el uso y difusión de los norteamericanos del término- comprendieron, tomaron consciencia, de que debían unirse. Y que la unidad era en realidad casi un hecho: que era el sentir de la gente común. Que se

había instalado como un sentido común. Así nació el *Unasur*. Lo digo como si fuera fácil porque es la presentación de una Revista, no una mesa de negociaciones con los problemas propios de las negociaciones. La realidad Iberoamericana se ha tornado mucho más compleja en los últimos años, como explica Alain Rouquié.

Es verdad que algunos países han preferido integrarse económicamente con Estados Unidos por conveniencias económicas probablemente. Pero a pesar de ello existe un consenso entre la gente común de estos países de que debemos dirigirnos hacia una integración Iberoamericana por una cuestión –entre otras- de construir un actor político en el concierto internacional capaz de ser relevante. Es como una historia disponible, un futuro pasado, en palabras de Reinhart Koselleck.

Y en este punto es donde me detengo a presentar la mirada particular de la revista *Puente@Europa* que les presento, cuyo subtítulo, *muchos centenarios. Espacios de reflexión de poder*, no podía ser más pertinente. Si antes, como lo expresa Jaime Rodríguez en su artículo, se aludía a todo un espacio que se movía en cierta manera a un mismo ritmo y con unas mismas coordenadas, ahora tenemos una América dividida en países que hay que integrar. Es un camino de vuelta, pero no de vuelta hacia España. Es un camino de vuelta hacia Europa, contra quien en realidad se hicieron las revoluciones iberoamericanas, que algunos califican dentro de las "revoluciones atlánticas".

El hecho que yo me exprese diciendo "camino de vuelta" no involucra que sea un camino "de regreso". No hay que ir para atrás, es obvio. Hay que ir para adelante: también es obvio. Y hoy parece obvio que "para adelante" significa volver a una cierta unidad americana (que no es uniformidad) que está en boca de todos y que hay que gestionar. Ese camino tiene una base: éramos uno. Tenemos algo en común.

Y también miramos de vuelta a Europa. No porque nos parezca el *non plus ultra* cultural de una cultura que no tenemos, como lo hacían las élites de principios del SXX. Miramos instintivamente a Europa porque estábamos unidos a ella, en primer lugar, como se puede comprobar en la entrevista a Enrique Banús Irusta. En segundo lugar porque vemos su camino de integración –aunque en medio de grandes dificultades- como un modelo de cómo integrarse desde una reflexión sobre espacios de poder distintos, como los que hay en América. En tercer lugar –y sobre todo en Argentina, pero también en el resto de América- por la poderosa ola de inmigración europea que hemos recibido y seguimos recibiendo. No miramos a Europa embobados como nuestros antepasados. En cierta medida formamos parte de ella. Y esto no va en desdoro de los pueblos originarios, que también merecen la plenitud de sus culturas inconmensurables y que Europa mire también hacia ellos. Es pues, un camino de vuelta a Europa, pero también de ida de Europa hacia los pueblos originarios que ella sometió y que permanecieron sometidos largo tiempo: y lo siguen estando.

Y finalmente –¿porque no decirlo?- porque sufrimos las presiones de Estados Unidos mucho tiempo y son pocos los que imaginan una integración cultural con los países anglo-sajones. Después de habernos sacudido el yugo español no queremos un yugo análogo que nos constriña, nos maltrate y nos considere irrelevantes. Ya no estamos en la etapa del "triángulo atlántico" –Europa, Estados Unidos, Iberoamérica- donde había cierta paridad en el peso específico de cada uno de los lados del triángulo. Estuvimos muy unidos con Estados Unidos durante el período revolucionario. La influencia del republicanismo de Filadelfia, y de los exiliados iberoamericanos de Filadelfia fue importante.

Pero a continuación hay que advertir: ¿Está Europa preparada para trazar un puente que nos una a ella sin constreñirnos, maltratarnos, o considerarnos irrelevantes? ¿Nos respeta Europa como debería? ¿Advierte que puente significa que hay tráfico en las dos direcciones, como se evidencia en la Revista que hoy presentamos? Europa debe advertir que no somos ya "Las Indias" de España. Y esto quiere decir que sus grandes empresas que operan en Iberoamérica deben tomar nota –como lo señala Mirta Antonelli y estar en la conversación de una articulación que pasa primeramente por lo cultural pero que tiene ribetes económicos que ya están siendo desplegados quizás no siempre del mejor modo. Trazar un puente significa poner en comunicación dos partes y pareciera a veces como si el puente estuviera un tanto desequilibrado, cuando precisamente nos proponemos un equilibrio múltiple, no hegemónico. Esta perspectiva multilateral y crítica de Europa es puesta de manifiesta, por ejemplo, en la entrevista a Ruggiero Romano, lejos de la autocelebración mítica del presente.

Los Bicentenarios más que nunca son una ocasión para hacer estas preguntas a veces incómodas –pero por eso potencialmente fructíferas- desde un punto de vista que abarque precisamente muchos puntos de vista. Y la revista *Puente@Europa* es una herramienta para pensar y discutir estas "utopías" que mucho nos pueden hacer avanzar a nosotros y a las generaciones futuras, tanto como Europa puede avanzar hacia nosotros en una suerte de reencuentro bicentenario.